

tia cuando rogaba arrodillado ante el pueblo que no lo llamase *dictador*, hazañas de hipocresía que se perpetuaron bajo Tiberio, y con las que Tiberio hastió al mundo.

Semejante comedia, la habria representado ante el senado y no en un consejo secreto, ante los senadores, que á su vez no encontraban acentos mas que para suplicarle que conservase el poder que ninguna gana tenia de soltar.

Agripa, pues, no pronunció discurso alguno, y mucho ménos en el sentido indicado: era con exceso el ángel malo de Augusto, en el buen sentido de la palabra, pues muchos jueces encontrarán honrados á los que no cometen crímenes sino contra el Estado. Fué soldado valiente y enérgico, pero las naturalezas de este temple son máquinas tanto mas terribles cuanto que son ciegas, que no emplean su inteligencia en discernir lo bueno de lo malo, y que van, no digo sin reflexion, pero sí sin principios, y asestan el golpe que se les indica. Augusto lo sabia y rodeaba á Agripa de honores, haciéndolo su segundo en todo. Así fué como á los dos años de ver establecido el imperio lo hizo cónsul con derechos iguales á los suyos, y comprendiendo que no se podia hacerlo tan grande sin volverlo peligroso, lo enlazó con la familia imperial. Agripa era casado, se habia unido con la hija de un hombre á quien la amistad de Ciceron habia hecho ilustre, y que era inmensamente rico, la hija de Pomponio Atico.

Agripa, luego que recibió la órden de Augusto, repudió á la hija del rico Atico, y se casó con Marcela, hija de Octavia, y sobrina del emperador.

Hubo algunos años de paz, y Agripa emprendió de nuevo en el interior, los trabajos que eran uno de los grandes medios de gobierno de Augusto. Buscó un terreno bastante vasto para emprender construcciones incesantes y emplear

innumerables operarios. Esto era difícil en Roma. El imperio habia podido abolir muchas leyes políticas, pero no habia tocado las leyes religiosas y civiles; habia respetado un derecho esencial en el que reposaba la legislacion romana, el derecho de propiedad que era al mismo tiempo un derecho religioso, pues el dios Término volvía sagrada la propiedad. De suerte que Roma era una ciudad llena de calles estrechas que no se atrevían á ensanchar, llena de recuerdos de la república que no se atrevían todavía á hacer desaparecer, y en la que no habia lugar para nuevas construcciones. La expropiacion era imposible. No habia otro modo de expropiar admitido por la ley mas que la expropiacion amigable, que era el que se habia empleado bajo la república, y del que hizo uso César cuando construyó su Foro. Sedujo á los propietarios con sumas fabulosas, que no habian costado caras sino á los Galos, nuestros antepasados. Es cierto que habia otro medio de expropiacion que habia sido puesto en práctica muchas veces en las épocas de guerras civiles. Se mataba á las gentes y se confiscaban sus bienes, pero Augusto, emperador, habia renunciado á estos medios sumarios. ¿Y qué hizo Agripa? Encontró fuera de la antigua muralla de Servio Tulio, que existia aún, el inmenso espacio que se llamaba el Campo de Marte, terreno consagrado á los ejercicios militares y á las grandes solemnidades nacionales, y se puso á llenarlo de construcciones destinadas á los goces de los ciudadanos. Inmediatamente al pié del Capitolio, entre el palacio de Venecia y la Piazza Colonna, construyó las *Septa Juliae* que era un conjunto de construcciones que servían para votar los dias de comicio. Habia ahí un sistema completo ingeniosamente combinado para hacer votar á los ciudadanos con órden y bien abrigados. Su voto era irrisorio, pero ellos

estaban á sus anchas. No se votaba nunca sino por el candidato imperial, pero con muchísima comodidad. ¡Tal es la bajeza de los tiempos en que los cuidados materiales se sobreponen á las preocupaciones políticas y morales!

Agripa mandó construir un gran pórtico, que mas tarde se llamó el pórtico de los Argonautas, porque Agripa hizo pintar en las paredes del pórtico una serie de composiciones que representaban la expedición de Jason. Se construyó otro edificio para los soldados, con el fin de que estuviesen al abrigo del sol y de la lluvia los días que iban ahí á recibir su paga. Se le llamaba *Diribitorium*. En seguida vienen los baños termales, que se extendían desde la Piazza Colonna hasta la Septa Julia. Los baños termales habían sido construidos bajo su edilidad, á los que agregó el Panteon que fué hecho despues, y que tal vez no era mas que una gran sala trasformada de los baños.

Algun día hablaremos detalladamente del Panteon.

De improviso se interrumpió aquella grande obra de Agripa: Augusto había caído enfermo, y su enfermedad era bastante grave para que se creyera cerca de la tumba. Miró en su rededor, y no tenía por heredero mas que al jóven Marcelo, apénas de 17 años de edad, é incapaz de sostener el peso del imperio. En un momento de delirio, tomó la mano de Agripa é hizo lo que había hecho Alejandro con Pérdiccas; le puso su anillo en el dedo, lo que era designarlo por su sucesor.

Ya sea que se hubiese arrepentido de aquel primer movimiento, ó bien que quisiera calmar los celos de Marcelo, Augusto, una vez restablecido, mostró á Agripa una marcada frialdad. Este no se quejó, no afectó ningun disgusto, se dirigió á Brindes, se embarcó y fué tranquilamente á esta-

blecerse en la isla de Lesbos. Augusto se alegró infinito de aquella partida, se alegró tanto, aunque le escribió cartas de pésame á Agripa, que lo hizo gobernador de la Syria. Sin rehusar, Agripa envió á un teniente para que gobernase el Oriente en su lugar y se quedó en su isla, dejando á veces á Lesbos por Atenas, donde se hacia querer de la población que le levantó una estatua colosal, cuyo pedestal existe aún. Así vivió durante algun tiempo, resignado en apariencia á la vida privada, dedicado enteramente á los placeres que eran los de la Grecia, los placeres del espíritu.

Pero Marcelo murió el año 732. Agripa tenía 41 años, y parecia el único sucesor digno del imperio. Mecénas, que era prudente, fué á ver á Augusto y le dijo: «Es necesario llamar á Agripa, es preciso hacerlo tu sucesor casándolo con Julia. Lo has hecho tan grande, que ya no te queda mas que matarlo ó hacerlo tu yerno.» Se ve en esto uno de los síntomas del poder absoluto. En todas las circunstancias difíciles, Augusto no cuenta mas que con un solo hombre. No parece sino que alrededor del soberano, en lo que mas tarde se ha llamado la corte, no se pueda admitir á ningun hombre nuevo y que sea siempre preciso servirse de las mismas comparsas, que se hacen reaparecer bajo todas las formas; así sucede en los teatros mal montados en cuanto á personal, en donde se ven reaparecer á los mismos figurantes con trajes diferentes. Había al rededor de Augusto tal escasez de hombres, que era preciso ir á buscar á los que se había echado la vispera.

Primero Mecénas no fué escuchado, pues Augusto tenía un resto de envidia contra Agripa. Los déspotas temen á los hombres que han hecho grandes cosas en su servicio. Pero á pesar de que Augusto era un hábil político, no tenía la ma-

no bastante firme para contener á aquel pueblo de Roma que se agitaba y murmuraba el nombre de libertad. Las elecciones se acercaban. Se iba á nombrar á los personajes consulares. Hasta entónces, Augusto estaba seguro de las elecciones; se presentaba en los comicios, tomaba á los ciudadanos de la mano y les recomendaba sus candidatos. Y sus candidatos salian todos nombrados. Pero esta vez fué mal recibido; hubo agitaciones de mal agüero, la ciudad tenia mala apariencia. Esto hizo mas efecto que todos los discursos de Mecénas. Augusto envió á Lesbos el buque mas rápido.

Agripa al retirarse, no habia hecho cálculo de ninguna especie; era bastante desinteresado y tenia las ideas demasiado reducidas para emprender con Octavio un juego en que al fin habria sido la víctima. Simplemente se habia hecho á un lado, esperaba. Fueron á buscarlo. La pobre Marcela fué repudiada; las mugeres, en la familia de Augusto no eran dueñas por mucho tiempo de sus maridos, pues la política violaba los derechos mas sagrados; Agripa se casó con la famosa Julia.

Inmediatamente, Agripa vuelve á tomar su vida activa. Es el factotum del imperio; se agitan los galos, y parte, teniendo tiempo, durante su camino, de levantar un acueducto en Nimes, de construir unos baños termales y de ir á subyugar á los cántabros en España. Apénas regresa á Roma, cuando se sabe que hay agitacion en Oriente; Agripa parte para la Judea. Pero tambien el Ponto se agita; un tal Scribonio, descendiente de Mitrídates, quiere insurreccionarse: Agripa va á reprimir la revuelta, se hace entregar algunos estandartes romanos, trofeos del viejo Mitrídates, y vuelve á Roma, donde hay una fiesta con este motivo. Augusto quiere que Agripa triunfe, y fijaos en este hecho, señores: el

prudente Agripa, á pesar de ser yerno de Augusto, y sucesor designado para el imperio, rehusa el triunfo. Tres veces seguidas en su carrera, rehusa un honor que mas bien que Augusto, le conferia el sentimiento público. Conocia á su amo y temia lo que á este pudiera hacerle sombra: solo Augusto tenia derecho de triunfar.

Esta vida de caballero errante del imperio, era para acabar con el hombre mas vigorosamente constituido. En aquel tiempo los viajes no eran cosa sencilla. Correr hasta las extremidades de la Galia, de ahí á Asia, á Iliria, á España, volver á cada rato á Roma para sofocar las conspiraciones y encontrarse en medio de las intrigas de palacio, era para un hombre, por bien templado que fuese, una vida de muy rudas pruebas. Era necesario viajar haciendo jornadas largas y por malos caminos; si se iba por mar, afrontar en embarcaciones maniobradas por remeros los vientos contrarios y las olas agitadas. Este gasto sobrehumano de actividad abrevió la vida de Agripa. Apénas de vuelta de su expedicion contra el Ponto, sabe que los panonianos se agitan en los bordes del Danubio. Vuelve á partir, calma la revuelta con su sola presencia, pero al regresar, sea que su temperamento estuviese agotado, ó que ya la mano de la emperatriz Livia viniese á ayudar al destino, cayó enfermo en Campania. Sábelo Augusto, parte á encontrarlo, pero Agripa muere ántes de su llegada.

Dice la historia que Augusto sintió profundamente esta muerte: trajo á Roma el cuerpo de Agripa en medio de una pompa triunfal, lo colocó en la sepultura de la familia imperial, en el vasto mausóleo del Campo de Marte, donde se habian preparado catorce sepulcros, y él mismo pronunció el elogio fúnebre de Marco Agripa. Para que su emocion fue-

se ménos viva, como era costumbre en esta clase de ceremonias que el cadáver estuviera al lado del orador, mandó suspender un velo entre el cadáver y él, de manera que el pueblo tuviese el triste espectáculo que estaba oculto al orador.

Tal es en resúmen la vida de Agripa. Su busto puede ayudarnos á comprender su carácter, pues es uno de los mas hermosos bustos romanos que se puedan citar. Veamos cómo podemos asegurarnos de su identidad y semejanza.

Agripa ha sido representado en medallas acuñadas durante su vida, bajo su tercer consulado; son de cobre, y lo representan con la corona rostrata, y está figurada una proa con un espolon de buque. Mas tarde, se acuñaron tambien monedas de plata con su efigie. Creemos que esto fué despues de su muerte, porque solo Augusto tenia derecho de acuñar esas monedas, y ciertamente no concedió este honor á Agripa sino despues de su muerte, cuando ya nada excitaba sus celos.

Existe, pues, una magnífica moneda de plata con la efigie de Agripa en que tiene combinadas las coronas mural y rostrata. La mural tiene en la parte superior unas torres, y las termina un espolon de embarcacion que se adelanta hácia la frente y forma el centro de la corona. Estas monedas son auténticas y presentan un tipo muy particular; por consiguiente, si hay bustos que reproducen ese tipo, esos bustos son de Agripa. En el museo de Florencia y en el del Luvre hay dos bustos muy desiguales, pero que se parecen uno á otro: uno bastante mal conservado, es el de Florencia, el otro admirable por la pureza y el carácter, es el del Luvre. Se le ve al entrar por la puerta del pabellon Denon, está enteramente en el fondo de la galería, en una columna, y mira á la persona que entra. Este busto es de una expresion y de un arte

magníficos. Es uno de los mas dignos de atencion entre los de los emperadores.

El carácter particular de esta escultura es una gran superioridad y una firmeza militar; tiene algo de varonil, y respira la calma del hombre siempre listo. Grandes planos bastante distantes y bien concebidos parecen indicar la grandeza de alma, ya en el mando, ya en las luchas de la vida. Se nota tambien la nariz, de una belleza y de una pureza típicas, y la boca que es grave, reflexiva, hasta elocuente. Los antiguos citan un discurso de Agripa en que exhorta á los ricos á que exhiban á los ojos del público sus pinturas, sus estatuas, sus objetos de arte, en vez de aprisionarlos en sus palacios y de ocultarlos á la admiracion y al estudio. Aquella boca expresa la gravedad, los consejos que maduran y la elocuencia que se impone. Lo que tambien es notable, es el desarrollo de los huesos maxilares. Parecen muelas dispuestas á mascar cuanto se les presente. El ojo, en fin, y la ceja sobre todo, tienen el carácter que los latinos designaban con la palabra *torvitas*, y que los poetas aplicaban al toro que arrastra el arado ó que vaga en los pastos. Agripa tiene esas cejas, ese arco inmenso que se proyecta sobre el ojo cubriéndolo, y ese aire salvaje que no excluye ni la calma ni la bondad. Esta facion característica habia llamado la atencion de los contemporáneos, puesto que aplicaban igualmente la palabra *torvitas* á la fisonomía de Agripa. Tiene algo de extraño esa enorme ceja. El aspecto no es cruel, no, y no se puede dejar de conocer en ella un signo de paciencia, de concentracion tranquila, de aptitud inmensa para el trabajo, de resignacion un poco tétrica que caracteriza al buey labrador y que caracterizaba á Agripa.

Tambien hay en Venecia, en el palacio Grimani, una es-

tatua admirable, obra maestra del arte griego, que representa á Agripa. Fué hecha en Oriente ó en Aténas, durante la permanencia de Agripa en esos lugares; los venecianos han debido traerla de Grecia, en tiempo de su dominacion. Esta estatua está perfectamente conforme con los bustos y las medallas. Representa á Agripa como héroe divinizado; tiene en una mano la espada corta, el *parasionium* de los latinos, símbolo del mando militar; con la otra mano tiene un delfin derribado sobre el altar de Neptuno, recuerdo de sus victorias navales, atributo del dios de los mares. Es una estatua admirable, y no vacilo en decir que es mas hermosa que la de Augusto.

He aquí, señores, el retrato vivo que completa el retrato histórico. Tal fué Agripa. Lo que domina en el conjunto de sus actitudes lo mismo que en sus facciones, es una especie de firmeza tranquila é implacable, pero no contra los demas, sino contra sí mismo; es una adhesion ciega, no á una causa, sino á otro hombre; es una abnegacion que no es mas que el velo de una ambicion profunda, pues busca en un papel subalterno la via mas rápida y las mas deslumbradoras satisfacciones. Agripa no es un hombre completo. No tiene principios políticos, que hacen la grandeza moral del hombre; gran general, el único general de Augusto, buen administrador, improvisado tal vez, pero improvisado bajo la inspiracion de Augusto; en una palabra, hombre de segundo orden, le falta lo que constituye á los hombres verdaderamente superiores. Letrado y fiel á las tradiciones de la Grecia, habia escrito sus memorias, «Memorias de mi vida,» que evidentemente fueron un modelo para Augusto al dictar el famoso testamento que ha sido conservado en diferentes fragmentos, especialmente en el templo de Ancyra en el Asia

Menor. Escribió tambien un tratado de geografía, del que pretende Plinio haber sacado algun partido. Era una explicacion de los mapas de geografía que se habian mandado pintar en el pórtico de Octavia. En él estaban representadas todas las partes conocidas de la tierra, y la famosa galería de los mapas que está en el Vaticano, no es tal vez sino un recuerdo de aquel pórtico.

Para reasumir la figura de Agripa y colocarla en su cuadro, puede decirse que es la explicacion exterior de Augusto, así como Livia es su explicacion interior y doméstica. Si Livia es el secreto de aquella política hábil, pérfida, disfrazada, que trasforma á Octavio en Augusto, si le dicta la moderacion fingida, la costumbre increíble de la hipocresía, el arte de guiar á los hombres y de engañarlos, la falta de escrúpulos que se encubre con los mas especiosos motivos, Agripa es la accion, la energía, la actividad atrevida, el ímpetu decisivo, la perseverancia inexorable, la fuerza moral en los momentos críticos, el génio en los azares de las batallas. Agripa es quien arrastra á Augusto y lo hace salir de Apolonia para ir á reclamar la herencia de César; á él es á quien se llama en los momentos críticos; solo él puede combatir á Sexto Pompéo, solo él triunfar de Antonio. En una palabra, es el instrumento mas formidable contra los enemigos de Octavio y contra la libertad. El salvó al triunviro, él hizo y consolidó el imperio. El vacío que deja Agripa demuestra, así como la historia de su vida, cuál fué la importancia de su papel. Cuando muere, y esta es una prueba decisiva, el imperio ya no tiene general. Se envia sucesivamente á las fronteras, para probarlos, á algunos jóvenes príncipes de 20 años; se envia á Tiberio, que, dícese era un hombre de guerra bastante hábil, contra los pueblos pequeños. Pero duran-

te un encuentro terrible, Varo conduce á una red grosera á tres de las mas bellas legiones romanas, y el reinado de Augusto concluye bajo el peso de una afrenta que no vengará Germánico sino mucho tiempo despues. La muerte de Agripa es igualmente la señal de los crímenes que van á hacer desaparecer á la familia imperial. Ni Livia ni Tiberio se habrian atrevido á conspirar ni á obrar miéntas Agripa viviese: temian su ojo salvaje y vigilante.

De suerte que Agripa es el verdadero fundador del imperio, y estad convencidos de que sin él jamas habria habido ni un Octavio victorioso, ni un Augusto impune, ni imperio romano, ni destruccion de la república; por lo ménos, esos males habrian sido dilatados hasta una época que no es posible indicar.

Ved tambien, señores, la triste consecuencia de aquel poder confiscado por una sola mano, que hace depender la suerte de un pueblo y hasta del mundo entero, de un amo cuya frágil salud y precaria razon dirigen su felicidad ó su desgracia. Que Agripa hubiese vivido tanto tiempo como podia esperarlo, y los romanos habrian sentido siempre, á la cabeza de los negocios, á un hombre relativamente honrado, que sabia conducir bien la vida de los gobernados, que habria protegido á Augusto contra arranques funestos, que habria defendido á sus cinco hijos contra los venenos y el odio de Livia, que habria hecho subir al trono á príncipes de su raza, inspirados con su ejemplo; y en todo caso, aquellos príncipes no hubieran sido peores que Tiberio, que Calígula y que Neron. Bastó que ese hombre muriese á los 51 años para que sus hijos, segados ántes de tiempo, cediesen el lugar á Tiberio y á una serie de emperadores que debian ser el azote de la humanidad. ¡Leccion memorable que nunca se

recomendará y señalará lo bastante á las naciones dispuestas á abandonar sus derechos para depender del capricho ó de la salud de un solo hombre!

¿Y no tiene Agripa su parte de responsabilidad en un estado político tan peligroso y tan excepcional? Porque muere á los 51 años en la cúspide de su gloria, de su fortuna civil y militar, ¿va á convertirse para siempre en un objeto de envidia sin compensacion? ¿Habrá podido hacerse el brazo derecho del tirano, el destructor de la libertad y de las instituciones de Roma en provecho de Augusto, sin quedar culpable ante la posteridad y sin sufrir castigo durante su vida? Agripa fué castigado, señores, no lo dudeis, y bajo el esplendor de este advenedizo no es difícil mostrar su castigo. Desconfiaríais de mí, que abogo con todas mis fuerzas por la causa de la justicia y de la moralidad en la historia; pero no desconfiareis de un escritor latino á quien no inquietan ni las ideas preconcebidas, ni la investigacion de los principios; es un naturalista, es Plinio. Hablando de los niños que vienen al mundo con los piés por delante, y á los que se daba el sobrenombre de *Agripa*, hace la observacion de que todos los que así nacen, nacen bajo un mal presagio y deben ser mas tarde muy desgraciados. Y añade: «Preténdese que Agripa, yerno de Augusto, fué una excepcion, pero no;» y para justificar su teoría acerca de los malos presagios, demuestra que Agripa tuvo tres clases de desgracias.

La primera plaga fué Julia, que lo deshonró. Arrastró por el cieno el nombre de su esposo, ante todo el pueblo, y Agripa tuvo que sufrir tanta vergüenza porque era la hija de Augusto, porque no se trevia á quejarse con su padre, porque temia sobre todo verse obligado á repudiar á la muger que le aseguraba el trono. Este carácter, por consiguiente,

uno de los mas hermosos de aquel tiempo, tiene un lado muy triste, puesto que consintió, durante todo el fin de su vida, en aceptar una deshonra pública á fin de satisfacer su ambicion y de llegar al imperio.

En segundo lugar, dice Plinio, fué desgraciado en sus hijos. En efecto, Lucio y Cayo César, fueron envenenados los dos; Agripa Póstumo fué deportado por su abuelo y matado el dia del advenimiento de Tiberio. Una de sus hijas, Julia, continuó los excesos de su madre, y fué echada como ella de Roma; su otra hija Agripina, muger honrada, excitó las sospechas de Tiberio, quien la relegó á una isla desierta en la que murió de hambre como su hermana.

La tercer desgracia, en fin, para Agripa es haber sufrido toda su vida la cruel servidumbre de Augusto, *durum servitium Augusti*. Fijad bien la atencion en estas palabras, señores, pues Plinio escribia con toda sencillez y candor; no se quejaba de la servidumbre por un resentimiento personal ó de aversion contra el imperio; se limitaba á hacer una reflexion sobre el papel de Agripa cerca del emperador. Pero esas tres palabras, *durum servitium Augusti*, son toda una revelacion para la historia. De modo que Agripa tuvo que obedecer toda su vida, al mas astuto y al mas desconfiado de los amos, ya sea que lo enviase á propósito de todo á las extremidades del imperio, ya sea que lo desterrase ó le impusiera las faenas de la edilidad, ó bien que le ofreciese un triunfo que era prudente rehusar, ó que lo sacrificase á Marcelo, ó que lo obligase á repudiar sucesivamente á sus dos mugeres para que soportase á Julia. Vivió en la servidumbre mas dura, fué un instrumento y un esclavo, y tal vez, ademas de todo esto, tenia ese temor personal que un gran corazon puede tambien experimentar, cuando sabe que su

amigo puede fácilmente convertirse en su verdugo. ¿No tenia, en efecto, ejemplos de la manera con que Octavio trataba á sus protectores? ¿No habia el estoico Octavio dejado matar á Ciceron, su amigo, y mandado degollar á Toranio, su tutor?

Esta reflexion de Plinio es, pues, de gran importancia, pues la justifica la vida entera de Agripa: fué esclavo de Augusto, he ahí su castigo. Tambien si es cierto, señores, que en la otra vida se pueda echar una mirada á las cosas de aquí abajo, si la alma de Agripa ha podido ver en lo que se convirtió el imperio romano, si ha tenido no ya alguna inquietud por su patria, sino siquiera algun amor por su propia gloria, ¡cuántos remordimientos debe haber experimentado esa alma! Queriendo ó no queriéndolo, ¡qué de males no causó Agripa! ¡Qué de esfuerzos no hizo por asegurar el infortunio perpetuo de sus conciudadanos! ¡Qué via no abrió á una serie de monstruos que han deshonrado á la humanidad! Fué la muela que pulveriza la libertad, mientras que si hubiera servido ó salvado á la república, sus hazañas y su actividad le habrian conquistado diez veces mas gloria, y una gloria pura. Habria colocado su nombre despues de los nombres de los Escipion, de los Marcelo, de los Caton; habria sido gran capitán, tomador de ciudades, constructor de templos y acueductos, protector de las artes y las letras, ilustre y libre entre sus iguales. Habria podido representar uno de los mas hermosos papeles que fuese dado á un ciudadano, si hubiese socorrido á Sexto Pompéo y no precipitado á Octavio, si hubiera puesto su génio militar y su fuerza de alma al servicio del senado y de la república. Por el contrario, en ese mundo superior, desde donde las almas miran nuestro mundo, ha podido ver desde el dia siguiente de su muerte, que

no había conquistado más que la oscuridad. Fué un hombre de segundo orden, un subalterno. Os he hablado de él durante una hora, señores: ¿qué historiador ha hecho otro tanto? En cierto modo, Agripa ha desaparecido. Augusto lo absorbió; su actividad se ha perdido, su nombre se ha borrado, su personalidad se ha desvanecido en ese océano amargo y sin límites que se llama el despotismo. ¡Justo castigo! pues si había hecho algun bien, efímero como él, fundó un mal profundo, duradero, sin remedio, que fué el imperio romano.

VI.

MECÉNAS Y LOS POETAS.

Entre los fundadores del nuevo imperio, hay que mencionar á un personaje que fué el consejero, el negociador de Octavio, así como Agripa fué su hombre de accion y su general; estos dos fueron los brazos, lo mismo que Livia fué la cabeza de aquella temible asociacion. Os hablaré hoy de Mecénas, y trataré de haceros su retrato con una severidad á medias, porque es difícil mostrarse completamente riguroso ante una figura tan amable, tan popular á los ojos de la posteridad, y que tanto han cantado los poetas, que su nombre ha llegado á ser el nombre genérico de todos los protectores de las letras.

Mecénas no era romano de nacimiento; no lo era sino por adopcion. Era etrusco, originario de Arrecio. Su familia paterna se llamaba con el nombre etrusco de *Cifelne*, que